

EL ESCEPTICISMO APASIONADO. UN DIÁLOGO CON JORGE VOLPI

*¿Y si sólo fuéramos la imagen reflejada en un espejo?
¿Somos el recuerdo de alguien que nos está olvidando?
¿O somos tal vez una mentira?*

Salvador Elizondo: *Farabeuf*

Jorge Volpi (México, 1968) es una de las voces más interesantes y atractivas de la literatura actual en español. Autor ambicioso y polígrafo hiperactivo, intelectual influyente y también controvertido, diplomático y gestor cultural, Volpi es una figura clave en la Iberoamérica del nuevo siglo. Su currículum es apabullante y heterogéneo; Licenciado en Derecho, Maestro en Letras Mexicanas por la UNAM y Doctor en Filología por la Universidad de Salamanca, se ha dedicado a la docencia universitaria (Emory, Cornell), ha dirigido el Centro Cultural de México en París y actualmente dirige el Canal 22, cadena cultural de la Televisión mexicana. Forma parte, junto a los escritores mexicanos Ignacio Padilla, Eloy Urroz, Pedro Ángel Palou y Ricardo Chávez Castañeda, del *Grupo del Crack*, que publicó el manifiesto del mismo nombre en 1996 y que supuso un revulsivo provocador en el conservador panorama cultural mexicano del momento.

Es autor de las novelas *A pesar del oscuro silencio*, *La paz de los sepulcros* y *El temperamento melancólico* y de la «Trilogía del Siglo XX» formada por *En busca de Klingsor* (Premio Biblioteca Breve y Deux Océans-Grinzane Cavour),

El fin de la locura y *No será la Tierra*. También ha escrito los ensayos *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968* y *La guerra y las palabras. Una historia del alzamiento zapatista*. Sus libros más recientes son *Mentiras contagiosas* (Premio Mazatlán 2008), *El jardín devastado* y *El insomnio de Bolívar* (Premio Debate-Casa de América 2008). Por el conjunto de su obra acaba de recibir el Premio José Donoso de Chile en 2009, sucediendo al escritor español Javier Marías. Es un asiduo colaborador de medios de comunicación mexicanos (Proceso, Letras Libres) y españoles (El País, Cadena Ser). Su obra de ficción se ha traducido a veinticinco lenguas.

Así, tanto la obra como el perfil intelectual de Jorge Volpi le convierten en un analista exhaustivo y totalizador de la realidad contemporánea, trascendiendo las fronteras de un mal entendido nacionalismo para llegar a desentrañar los registros ocultos de la identidad, de la memoria, de la historia no escrita, del alma humana. Literatura con mayúsculas y sin trampa ni cartón.

1. La metaliteratura.

Ana Pellicer: A casi ningún escritor le gusta que le encasillen en una generación, supongo que por resabios narcisistas, pero tú eres de los pocos que se adhiere con cierto entusiasmo a diversos grupos. Y eres de los escritores jóvenes que más ha cultivado la crítica literaria y la teorización sobre la creación de tus coetáneos. Hablemos un poco de estos escritores latinoamericanos que rondan ahora los 40 años y de los que quizás no se podría decir nada que homogeneizara su obra literaria pero sí su actitud creadora. La blogosfera, la globalización cultural, las nuevas herramientas de relación les abren puertas. Me explico, estos creadores siguen teniendo grandes inquietudes formales y siguen queriendo crear ficciones honestas y compactas... pero digamos que los anteriores «desgarros» que atenazaron a los escritores a lo largo del siglo XX se han moderado. Pensemos en Borges, Octavio Paz, Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, todos ellos torturados por la disyuntiva entre cosmopolitismo y nacionalismo, absorbidos por esa tesitura tensa como motivo teórico y metaliterario. Si miramos ahora a los jóvenes de Bogotá 39 o de Mc Ondo y el Crack... son reflexivos, son serios, se sienten comprometidos con su producción literaria pero, francamente, su desgarro es menor. Pueden ser cosmopolitas y locales con cierta alegría y con cierto cinismo, sin mala conciencia, digamos. Sin complejos y con menos prejuicios.

Jorge Volpi: Creo que tienes toda la razón: creo que el rasgo característico de mi generación es el escepticismo. No es una generación desencantada, porque nunca estuvo encantada ideológicamente, sino escéptica y en casos extremos indiferente. Comenzamos a escribir en la época en que triunfaban los imitadores del «realismo mágico», con todo su arsenal de clichés sobre América Latina, y lo que hicieron grupos como McOndo y el Crack, y muchos escritores sin filiación, fue rebelarse contra esta imposición del mercado, de los editores y de muchos lectores que nos condenaban a esta suerte de exotismo. La lucha fue por escapar de esa camisa de fuerza y encontrar una libertad creativa absoluta. Pero al mismo tiempo hay que decir que esa libertad ha estado teñida de una desconfianza enorme hacia la política y la realidad social en general; desapareció el realismo mágico y con él desaparecieron también los escritores comprometidos. Escribir sobre América latina o sobre cualquier otra parte del mundo se ha vuelto algo natural, desprovisto de una connotación política clara. Cada quien se ocupa de los temas que le interesan con la misma aceptación o la misma indiferencia de parte del medio literario y de los críticos. Se esfumó el «deber ser» novelístico y lo que queda ahora es un grupo de escritores que intentan escapar de cualquier prejuicio ligado con su origen.

AP: Sí, desapareció el «traje de escritor latinoamericano». Pero quizá podríamos comprometernos un poco más (no siendo escépticos) y apuntar algún rasgo general de estos nuevos tiempos, como punto de partida; la imposibilidad de establecer un canon o precisamente de flexibilizar, desarmar o reinventar constantemente cualquier canon homogeneizador. Lo fundamental es que no hay izquierda, hay izquierdas, no hay historia, hay historias, no hay voz autoral única y autoritaria, cada vez hay más discursos fragmentados (incluso lengua fragmentada, pensemos en Junot Díaz), no hay compromiso, hay compromisos. Digamos que esta nueva generación tiene una segunda oportunidad sobre la tierra y sospecho que en la mayoría de los casos la van a disfrutar y/o aprovechar....

JV: No estoy seguro de que debamos ver este momento como una «edad dorada». Los peligros que corre la literatura –la verdadera literatura– en estos tiempos son enormes. Por supuesto yo celebro esta disolución de las normas inflexibles y de los cánones, pero no puede dejar de señalarse que la ausencia de crítica sólida y las presiones del mercado editorial son poderosísimas, y muchos escritores importantes han terminado por ceder a ellas en aras de reconocimiento o fama.

AP: En Madrid, en 1932, se reunieron de madrugada en un piso de la calle Alfonso XII Huidobro, Lorca, Altolaguirre y otros escritores de la época. Huidobro, al que le encantaban los juegos, hizo una lista de los escritores contemporáneos que serían inmortales. La lista se guardó en un sobre firmado por los asistentes. Prometieron encontrarse diez años después y abrir la lista y ver si acertaba la predicción. La guerra, la vida, la tragedia, hacen que esa cita no se produzca. El sobre se pierde. ¿Quiénes estarían? ¿Podemos aventurar que el vanguardista Huidobro llenó esa lista de alaridos, como termina su libro *Altazor*? Te propongo el juego de que aventuremos una lista que puede comenzar, digamos, con Bolaño...

JV: Me encanta la anécdota, que no conocía. Cualquier predicción es un sinsentido, pero sigo tu juego y me arriesgo con unos pocos nombres que creo permanecerán muchos años (aunque no creo que se vuelvan inmortales): Bolaño, Bellatín, Fresán, Gamboa, Paz Soldán, Neuman...

AP: Y una última pregunta de esta primera parte, abundando en la idea sobredimensionada de que vivimos un momento dorado en la literatura latinoamericana. Y después de Bolaño, ¿qué?

JV: Después de Bolaño, lo he escrito varias veces, el anhelado fin de la literatura latinoamericana. A partir de aquí, escritores que no pueden ni deben ser ya primariamente definidos por su lugar de origen.

AP: ¿Anhelado? ¿Fin? ¿Podrías explicar más esta incomodidad y esta predicción?

JV: Quizás exagero: más que anhelado, inevitable. Las clasificaciones geográficas o lingüísticas siempre me han incomodado: lo valioso de un escritor no es su lugar de origen, sino cómo ese lugar de origen lo lleva a escribir sobre ese mundo, u otros. La peor forma de discriminación que sigue existiendo en el mundo es la nacionalidad: eso no quiere decir renegar de la identidad propia o colectiva, sino de la imposición política de esta identidad. En nuestros días, hablar de literatura latinoamericana es tan preciso o irrelevante como hablar de literatura mediterránea o de literatura del Medio Oriente.

2. La literatura.

AP: Hablemos, pues, de tu literatura, que ya está compuesta por un catálogo abultado, en el que falta un solo género, la poesía. Empecemos por ahí.

JV: Yo admiro la poesía casi tanto como la música, y por eso nunca me he atrevido a practicarla. Aunque ahora acabo de arriesgarme a publicar una novela en verso —no sé si sea poesía—, *Oscuro bosque oscuro*, publicada por Almadía este año.

AP: Dice Cortázar que todo texto proviene de la insatisfacción que nos deja el texto anterior. En ese sentido, se podría rastrear con claridad una línea ascendente en tus primeros libros (*A pesar del oscuro silencio*, *La paz de los sepulcros* y *El temperamento melancólico*), que ensayan todas esas formulaciones prácticas sobre temas abstractos que ya te obsesionan (el poder, el mal, el amor insano). Y todo esto cristaliza en tu celebrada trilogía sobre las utopías del siglo XX (*En busca de Klingsor*, *El fin de la locura* y *No será la Tierra*), en la que desarrollas con libertad tu técnica literaria y la perfeccionas. A mi modo de ver, consigues configurar con rotundidad el peculiar estilo Volpi. Una voz propia y reconocible.

JV: A diferencia de otros escritores, yo nunca he estado preocupado por encontrar «mi propia voz», sino por fingir muchas voces contrastantes. Aunque supongo que las obsesiones se decantan y se vuelven reconocibles con el tiempo.

AP: Aunque no la hayas buscado, creo que cualquier lector fiel, a estas alturas, la sabe reconocer. Y no porque la hayas buscado sino, quizás, por la coherencia interna de tu proyecto narrativo. Por eso te preguntaba.

JV: Agradezco que veas esa coherencia; yo a veces la he buscado conscientemente, como en la Trilogía del Siglo XXI, pero otras veces creo que navego sin brújula.

AP: La trilogía del siglo XX es un ejercicio literario muy interesante, porque se puede rastrear perfectamente cómo tú mismo detectas ciertos problemas y los subsanas de manera explícita. En este sentido, ¿cómo pudiste superar el fantasma del éxito apabullante de *En busca de Klingsor*? ¿Cómo fue tu proceso de reflexión tras ciertos «excesos» de *El fin de la locura*?

JV: En efecto, *Klingsor* marca un parteaguas en mi vida y, por tanto, en mis libros. No puedo negar que el éxito inesperado de este libro resultó un peso a la hora de seguir escribiendo. *El fin de la locura* fue un libro muy difícil de escribir, y su recepción fue muy contrastante. Pero por fortuna a partir de *No será la Tierra* volví a despojarme de ese peso y a escribir justo lo que yo

quería, para bien o para mal. Ahora estoy intentando caminos nuevos, nuevas formas de escritura, como en *El jardín devastado* y *Oscuro bosque oscuro*.

AP: Me interesa que señales el porqué de una novela tan aparentemente anti-climática como la última que has publicado, *El jardín devastado* (2008), y cómo fue la experiencia de escribirla con la participación de los lectores a través de un blog.

JV: Lo decía antes: necesitaba escribirla, encontrar otras maneras de narrar o, más bien, volver a lo que había hecho antes de la Trilogía, por ejemplo en *Días de ira*. Vuelve a ser un rompimiento genérico, pero ahora entre la autobiografía, el diario y la novela. Su estructura fragmentaria permitió el experimento del blog, y recibir en tiempo real los comentarios de los lectores.

AP: En varios de tus ensayos ironizas sobre la utilidad de la ficción (estoy pensando en algunos muy divertidos incluidos en el libro *Mentiras contagiosas*), pero creo que tras esa pantalla se esconde una firme convicción en el poder de la literatura y en el hecho creador como amplificación «útil» de la realidad. Creo que tu ironía ataca más bien al uso mercantilista y posmoderno de términos como útil-inútil.

JV: Yo creo firmemente en el poder de la ficción, y en la función social de la ficción. No sólo para ampliar la realidad, sino para que el lector amplíe su idea de humanidad, para que se reconozca en otras experiencias, para que aprenda a ser «otro».

AP: El humor es uno de los pilares de tu obra de ficción y creo que lo conviertes en cosmovisión estructuradora. El uso de la parodia me parece tan relevante como para emparentarte directamente más con el Siglo de Oro español que con los clásicos mexicanos o latinoamericanos (o con lo que tú llamas «la cofradía de plenipotenciarios del boom»)

JV: Me interesan el humor y la sátira como herramienta de crítica, en especial del poder. Ha estado presente en varios de mis libros, de *Sanar tu piel amarga* a *El fin de la locura*. No sé si viene del Siglo de Oro, yo más bien lo encuentro en la parte carnavalesca de la literatura latinoamericana, en Ibarguengoitia o Pitól, pero a su vez este último sí lo busca en el Siglo de Oro, así que creo que al final tienes razón.

AP: Concedes mucha importancia a la construcción coherente de personajes. Y te unes a la técnica tan en boga de la falsa ficción. Tomas personajes que se han convertido en mitos pero les haces recorrer el camino de vuelta: quieres volver a su condición de personas. Así, de manera provocativa presentas a un Fidel Castro psicoanalizado o a un Bolívar más humano del que se presenta habitualmente.

JV: Para construir un personaje de ficción, uno está obligado a hacerlo parecer real: complejo, redondo, lleno de aristas. Para volver ficticio un personaje real, hay que realizar el procedimiento inverso: creer que uno lo ha inventado.

AP: Y también con respecto a los personajes, me gustaría preguntarte por los femeninos, que en tus dos últimas novelas (*No será la tierra* y *El jardín devastado*) son absolutamente seductores para el lector y logran una corporeidad que no había en *En busca de Klingsor* y *El fin de la locura*. Has hecho novelas de mujeres....

JV: Creo que, en efecto, mis personajes femeninos han evolucionado en los últimos años, al grado de convertirse en los protagonistas de mis últimos libros. Al principio me dejaba vencer por los prejuicios de mi formación, pero el gran reto para mí ha sido construir personajes femeninos auténticos. La novela que estoy planeando ahora se centra toda en un personaje femenino.

AP: Antonio Gamoneda hablaba de que todo pensamiento procede de la lengua y en esa medida nuestra lengua nos determina y determina la creación pero esta relación no es fácil. De hecho, Gamoneda calificaba de perversa la relación de un poeta con el idioma, decía que siempre hay un sufrimiento. En tu caso ese sufrimiento inevitable se podría agrandar por lo mestizo o híbrido de tu arraigo lingüístico. Además de tu obsesión por la precisión....

JV: Sí, la relación del escritor con el lenguaje debe ser de pugna, tratando de escapar a la inercia de la lengua oral pero sin llegar al manierismo ni al preciosismo. Esta lucha me interesa cada vez más.

AP: Supongo que por eso una inesperada novela en verso.

JV: Sí, en *Oscuro bosque oscuro* intento llevar esa lucha con el lenguaje al máximo; no me siento poeta, pero necesitaba una forma que le diese un

ritmo obsesivo, alucinante, a la historia, y eso sólo pude conseguirlo con el verso libre.

3. La realidad.

AP: Ya hemos hablado de tus ensayos literarios. De cómo te interesa explorar los resortes ocultos de una estructura literaria desde el punto de vista teórico. Ahora bien, te interesan igualmente la realidad circundante y la política. En este caso también podríamos hablar de resortes ocultos; por qué te interesan los hilos invisibles que orquestan la vida política y condicionan la historia. En este sentido, podríamos empezar con la pregunta más espinosa para un escritor latinoamericano: ¿existe América latina? O más difícil todavía ¿Existe Iberoamérica? ¿Pueden existir los relatos continentales teniendo en cuenta que incluso las crónicas de indias eran con frecuencia de circunscripción local? Sobre esto has trabajado mucho en tu nuevo ensayo, *El insomnio de Bolívar*, con el que recientemente has ganado el Premio Debate-Casa de América.

JV: Es el centro del libro: discutir si América Latina, y por tanto la literatura latinoamericana, aún existen, si en nuestros días no son sino ideas caducas y banales. La respuesta no es contundente. Creo que si nos basamos en el pasado, en la lengua y en las tradiciones, América Latina es innegable, pero no podemos seguir pensando que eso sea lo único que nos mantiene unidos: el conocimiento que tenemos los habitantes de un país de nuestros vecinos es mínimo, cuando no nulo (como México de Guatemala). Sin esos lazos contemporáneos, ¿qué sentido tiene hablar de América Latina?

AP: Si partimos de la base de que el concepto nación aparece en las cortes de Cádiz (viene del Romanticismo) y que la construcción del sujeto histórico latinoamericano ha sido hecha *a posteriori* podríamos decir que de alguna manera ha sido impostada. Milan Kundera decía que se podía sentir nostalgia de algo que no ha existido pero que se ha deseado intensamente....

JV: Me gusta la imagen. Los latinoamericanos sentimos nostalgia de una identidad que ya no existe ni nos une ni nos hace reconocibles.

AP: Hablábamos de la falta de complejos de esta generación y creo que también hay un replanteamiento en el compromiso político y ético. Nuevas coordenadas, nuevos escenarios, nuevas formulaciones. ¿Cómo lo has vivido

tú? ¿Cómo ha sido la cohabitación con el poder en un país tan complicado como México? Teniendo en cuenta que como te fascina el poder, disfrutas observándolo...

JV: Ha sido una relación compleja. Estudié Derecho y en varios momentos de mi vida he trabajado para el Gobierno mexicano. El PRI construyó una relación perversa con los intelectuales que no se ha acabado del todo, si bien el PAN no tiene un interés particular por ellos, como ocurría en el pasado. Como dijo Foucault en alguna ocasión, yo intento colaborar con el poder sin subordinarme del todo a él, aunque sé que es mantenerse en la cuerda floja. Quizás es eso lo que me atrae.

AP: Jorge, una última pregunta, inevitable, sobre tus proyectos cercanos.

JV: Acabo de publicar *El insomnio* y *Oscuro bosque oscuro*, así que no tengo prisa. Estoy merodeando una nueva novela larga desde hace tiempo, pero todavía prefiero no hablar mucho de ella...

(agosto de 2009)

ANA PELLICER VÁZQUEZ
MADRID